

UNA REFLEXIÓN SOBRE LA CRISIS TERMINAL DEL SISTEMA POLÍTICO Y LA PERSPECTIVA ELECTORAL

Desde hace casi 10 años, Venezuela transita por una crisis política que no supera y que, más bien, se agrava. Es una crisis del sistema político, en su conjunto, el cual no logra evolucionar.

Se trata de la crisis terminal del sistema político instaurado a partir de los años cuarenta y que, montado sobre un esquema de Estado Centralizado de Partidos, tuvo como proyecto la instauración de la democracia, en el país que para entonces era el de menor tradición democrática de América Latina. Ahora, cuarenta años después de la Revolución de 1958 y cincuenta años después del fin del primer ensayo democrático en 1948, tenemos una de las democracias más viejas de América Latina, pero no necesariamente la de más prestigio.

El proyecto político ideado por el liderazgo que asumió el poder a partir de los cuarenta y, luego, a partir de 1958, indudablemente que se desarrolló, y el país se democratizó. Pero ese mismo liderazgo y los partidos políticos que contribuyeron a la estabilización de la democracia, décadas después no llegaron a entender la obra realizada. Los venezolanos nos habituamos a la democracia y la gran mayoría de los votantes en las próximas elecciones, habrán nacido en democracia; pero el liderazgo tradicional no ha comprendido que ésta, para continuar y sobrevivir, tiene que perfeccionarse; y al contrario, ha seguido tratando de conducir al país como si aún estuviese en curso el proceso de democratización.

Ello es lo que nos ha conducido a la crisis, que es una crisis histórica, terminal, donde un cambio inevitable se avecina; tal y como ocurrió a mitades del siglo pasado, en la víspera de la Revolución Federal, con el fin del Estado centralizado conservador; a fines del

siglo pasado, en la víspera de la Revolución Liberal Restauradora, con el fin del Estado Federal liberal; y en la víspera de la Revolución de Octubre de este siglo, con el fin del Estado Centralizado autocrático. En cada uno de esos fines de períodos políticos, se puede apreciar históricamente el mismo signo de agotamiento del proyecto político y del liderazgo que lo desarrolló. La incompreensión de lo hecho y de la necesidad de renovar y transformar el sistema, en cada caso, puede decirse que contribuyó a su colapso.

Lamentablemente, en este momento histórico, estamos en una situación similar, donde la crisis de las instituciones es global, pues la mayoría no sólo no cree ni confía en el Congreso, ni en el Poder Judicial, ni en la Administración Pública, sino que tampoco cree ni confía en los partidos políticos, ni en las sociedades intermedias que éstos penetraron y controlaron, como los sindicatos, los colegios profesionales y los gremios. Todo este desprestigio institucional del aparato del Estado y de las organizaciones políticas y sociales, lamentablemente está arrastrando a la propia democracia. A ésta se la asocia con la corrupción y con la ineficiencia, al punto de que comienzan a surgir cantos de sirena autoritarios que opacan en sus virtudes, sin que los medios de comunicación, que serían los primeros interesados en preservarla para su sobrevivencia, se interesen en ello.

La crisis del Estado Centralizado de Partidos no es reciente; tiene casi dos lustros, pero ahora se presenta con toda la inquietante agudez que deriva del vacío político al cual hemos llegado, y que ha minado la propia gobernabilidad de la democracia.

Ya no se trata de constatar la crisis del sistema político, sino de tener dudas sobre la propia gobernabilidad futura de la democracia con el vacío de liderazgo existente, derivado del desprestigio y fraccionamiento de los partidos políticos los cuales, en otros tiempos, tenían el control total del sistema.

En esta situación, el panorama electoral actual es desolador. Los candidatos que actualmente se vislumbran son producto de la crisis; son parte de ella y no se perciben como garantes de su solución ni de la gobernabilidad. Ninguno de ellos, ni siquiera, ha vislumbrado las bases del proyecto político que necesita la Venezuela democrática para los próximos 20 o 30 años. Las próximas elecciones no son unas elecciones más, que se estarían realizando en un sistema político en pleno funcionamiento, como las que se desarrollaron 20 años atrás.

Ahora se trata de elegir un nuevo liderazgo que sea capaz de gobernar al país en democracia y con los más capaces. El país tiene un rico patrimonio humano, bien formado, que tiene que aflorar para que asuma la conducción del país con la mira puesta en varias décadas. Los venezolanos tenemos que elegir a quienes nos garanticen sobrevivencia democrática, teniendo conciencia de que en diciembre de 1998, querámoslo o no, comenzaría la reconstitución del sistema político y, con él, de la propia democracia. El Congreso que debemos elegir en diciembre, en cierta forma, será un cuerpo constituyente, en el sentido de que en sus manos está la responsabilidad de redefinir el sistema político y las estructuras del Estado, el cual, para que la democracia sobreviva, entre otras muchas cosas, tiene que descentralizarse políticamente en forma efectiva. El Presidente que debemos elegir en diciembre, por ello, tendrá en sus manos la responsabilidad de conducir al país en medio de un inevitable proceso de cambio que se avecina.

Frente a ese reto, los venezolanos, sin embargo, parecería que no percibimos la gravedad de la situación. Estamos, en general, viendo los acontecimientos como espectadores de una función que está a punto de terminar, pero sin darnos cuenta de ello y sin asumir el rol que nos corresponde, más allá de las actividades cotidianas que tenemos.

De allí la necesidad de que un grupo de líderes representativos y destacados en el país, en sus respectivas actividades, asuma el reto de plantearle alguna salida a la crisis. En víspera electoral, ello debería conducir, *primero*, a exigir de los candidatos y partidos políticos la formulación de programas de largo alcance sobre los aspectos básicos del próximo gobierno, a los efectos de identificar campos de coincidencia sobre los cuales debe haber acuerdo político para su ejecución efectiva y, *segundo*, a estudiar la posibilidad de identificar un liderazgo que pueda ser garantía para que el cambio que se vislumbra sea democrático y asegure la gobernabilidad del país.

En política nunca es tarde para intentar salidas de esta naturaleza.

Caracas, marzo 1998

Allan R. Brewer-Carías
Presidente de la Academia de
Ciencias Políticas y Sociales

F:\USR\FGIL\DISCURSO\LA CRISIS TERMINAL DEL
SISTEMA POLITICO Y LA
PERSPECTIVA
ELECTORAL.doc